

por obra. El primer grado de humildad, dice San Buenaventura, es que se tenga uno a sí mismo en poco y sienta bajamente de sí; y el medio único y necesario para esto es el propio conocimiento. Estas dos cosas son las que comprende la definición de la humildad de San Bernardo, y así solo comprende este primer grado. La humildad es una virtud con la cual el hombre se tiene en poco a sí mismo: veis ahí lo primero. Y esto hace, dice San Bernardo, teniendo verdadero conocimiento de sí y de sus miserias y defectos. Por esto ponen algunos por primer grado de humildad el conocimiento propio, y con mucha razón. Pero nosotros, como reducimos todos los grados, á tres con San Buenaventura, ponemos por primer grado de humildad el tenerse uno a sí mismo en poco; y al conocimiento propio, ponémosle por medio necesario para alcanzar este grado de humildad; pero en la sustancia todo es uno. Todos convenimos en que el conocimiento propio es el principio y fundamento para alcanzar la humildad y tenernos en lo que somos. Por que cómo habéis de tener á uno en lo que es, si no le conocéis? No puede ser: es menester que primero conozcáis quién es, y así le tendréis y honraráis como á tal. Así, es menester que primero os conozcáis quién sois, y despues tenéos en lo que sois, que para esto licencia tenéis; porque si os tenéis en lo que sois, seréis bien humilde, porque os tendréis en muy poco; pero si os queréis tener en mas de lo que sois, eso es soberbia. «Por eso se llama uno soberbio, dice San Isidoro (1), porque se tiene y quiere ser tenido sobre lo que es y en mas de lo que es.» Y esta es una de las razones que dan algunos de amar Dios tanto la humil-

(1) Superbus dicitur est, quia super vult videri quam est. Isidor. lib. Etimologiarum.

dad, porque es muy amigo de la verdad, y la humildad es verdad, y la soberbia y presunción es mentira y engaño; porque no sois vos lo que pensáis, ni lo que queréis que los otros piensen que sois. Pues si quereis andar en verdad y en humildad tenéos en lo que sois. Por cierto, que no parece que pedimos mucho en pedirnos que os tengáis en lo que sois y que no os queráis tener en mas, porque no es razon que nadie se tenga en mas de lo que es, antes seria grande engaño, y muy peligroso, andar uno engañado en sí mismo, teniendo por otro de lo que es.

CAPITULO VI.

Del propio conocimiento, que es la raíz y el medio necesario para alcanzar la humildad.

Comencemos á cavar y ahondar en lo que somos y en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, para que así descubramos este riquísimo tesoro. Dice San Gerónimo: «Entre este estiércol de vuestra baja y de vuestros pecados y miserias, hallareis esta margarita preciosa de la humildad (1).» Comencemos del ser corporal, sea esta la primera azadonada. Dice San Bernardo: «Estas tres cosas ten siempre delante de los ojos: ¿qué fuiste? ¿qué eres? ¿qué serás? Ten siempre delante de los ojos lo que fuistes antes de tu generación, que es una materia hedionda y sucia que no se puede decir; qué eres ahora, que es un vaso de estiércol que serás de aquí á poco, que será manjar de gusanos (2).» Bien tenemos aquí qué meditar y

(1) Drachma perit et tamen invenitur in stercore. Hieron. ad Rusticum.

(2) Ista tria semper in mente habeas, quid fuisti? quid es? quid eris? Quid fuisti? quia sperma foetidum. Quid es? quia vas stercoreum. Quid eris? quia esca vermium. Bernard. in formula honestae vitae.

en qué ahondar. Dice muy bien Inocencio, Papa: «¡Oh condicion baja y vil de la naturaleza humana! Mira los árboles y las yerbas del campo, y hallarás que ellas producen y echan de sí flores, hojas y frutos muy buenos; y el hombre produce y cria de sí mil sabandijas. Las plantas y los árboles producen de sí aceite, vino y bálsamo; y echan de sí un olor muy suave; el hombre echa de sí mil inmundicias y un hedor abominable que pone asco pensar en ello, cuanto mas decirlo. Al fin, cual es el árbol, tal es el fruto, porque el árbol malo no puede llevar fruto bueno (1).» Con mucha razón, por cierto, y con mucha propiedad comparan los Santos al cuerpo humano á un muladar cubierto de nieve, que por de fuera parece blanco y dentro está lleno de inmundicias y suciedades. Dice el bienaventurado San Bernardo: «Si os poneis á considerar lo que echáis por los ojos, oídos, boca y narices y por los demas albañares del cuerpo, no hay muladar tan sucio, ni que tales cosas eche de sí (2).» ¡Oh, qué bien dijo el Santo Job! ¿Qué es el hombre sino un poco de podre y un manantial de gusanos? «A la podre dije: tú eres mi padre.» La semejanza que hay de podre á padre, esa y mas hay de nosotros á la podre. «Y á los gusanos dije: vosotros sois mi madre y mis hermanos (3).» eso es el hombre, un manantial de podre y un costal de gu-

(1) O vilis conditionis humanae indignitas! O indignae vilitatis humanae conditio! Herbas, et arbores investiga, illae de se produciunt flores et frondes, et fructus, et tu de te lendes, et pediculos, et lumbricos. — Illae de se efundunt oleum, vinum, et balsamum, et tu de te spatam, urinam, et stercorem; illae de se spirant suavitatis odorem, et tu de te reddis abominationem factoris. Qualis arbor, talis fructus; non enim potest arbor mala fructus bonos ferere. Innoc. Papa, lib. 8 de Contemptu mundi, c. 8.

(2) Si diligenter consideres, quid per os, et nares, caeterosque corporis meatus egrediat, villus sterquilinum nunquam videris. Bernard. c. 3 Meditationum.

(3) Putredini dixi, pater meus es; mater mea et soror mea, vermibus. Job. XVII, 14.

sanos. ¿Pues de qué nos ensoberbecemos? «¿De qué se ensoberbeca el polvo y la ceniza (1)?» De aquí á lo menos no tenemos de qué nos ensoberbecer, sino harto de que nos humillar y tener en poco. Y así dice San Gregorio: «La guarda de la humildad es acordarnos de nuestra propia fealdad (2).» Debajo de esta ceniza se conserva ella muy bien.

Resemos adelante, cavemos y ahondemos un poco mas, demos otra azadonada, mirad quién érades antes que Dios os criase, y hallareis que érades nada, y que no podades vos salir de aquellas tinieblas del no ser, sino que Dios, por su bondad y misericordia, os sacó de aquel abismo profundo, y os puso en el número de sus criaturas dándoos el verdadero y real ser que tenéis. De manera que cuanto es de nuestra parte, somos nada; y así, nos habemos de tener por iguales de nuestra parte á las cosas que no son, y atribuir á Dios la ventaja que les llevamos. Eso es lo que dice San Pablo: «Si alguno piensa que es algo, engañase, que nada es (3).» Gran mina se nos descubre aquí para enriquecernos de humildad.

Y aun hay mas en esto, que aun despues que fuimos criados y recibimos el ser, no nos tenemos en nosotros mismos; no es como cuando el oficial hizo la casa, que despues de edificada la dejó, y ella se sustenta sin tener necesidad del oficial que la hizo; no es así en nosotros, sino que despues de criados, tenemos tanta necesidad de Dios cada momento de nuestra vida, para no perder el ser que tenemos, como la tuvimos para, siendo nada, alcanzar el ser. Él nos está siempre sustentando y teniendo con su mano poderosa para que no

(1) Quid superbit terra, et cinis? Eccles. X, 9.

(2) Custos humilitatis est recordatio propriae fealditatis. Greg.

(3) Si quis existimat se aliquid esse, quia nihil est, ipse se seducit. 1.º Cor. VI, 2.



caigamos en el pozo profundo de la nada, de la cual primero nos sacó. Y así dice David: "Vos, Señor, me hicistes y pusistes vuestra mano sobre mí (1)." Esa vuestra mano, Señor, que teneis puesta sobre mí, me tiene en pie, y me conserva para que no me torne á volver en la nada que antes era. Estamos siempre tan colgados y pendientes de esta manutención de Dios que, si esta nos faltase, y nos soltase de su mano un solo momento, en el mismo punto faltaríamos nosotros y dejaríamos de ser, y nos volveríamos en nuestra nada, como en escondiéndose el sol falta la luz en la tierra. Por eso dice la Escritura divina: "Todas las gentes son delante de Dios, como si no fuesen, y como nada y vanidad son reputados delante de él (2)." Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso, que somos nada; pero creo lo decimos solamente con la boca, no sé si entendemos lo que decimos. ¡Oh! si lo entendiésemos y sintiésemos como lo entendía y sentía el Profeta, cuando decía: "Yo soy, Señor, delante de vos, como nada (3);" verdaderamente nada soy cuanto es de mi parte, porque nada era, y el ser que tengo no lo hube de mí, sino que vos, Señor, me le distes, y á vos le tengo de atribuir, y yo no tengo de qué gloriarme, ni envanecerme en eso, porque no fui parte ninguna en ello, y vos estais siempre conservando ese ser y teniéndole en pie, y me estais dando las fuerzas para obrar: todo el ser, todo el poder, toda la fuerza para obrar, nos ha de venir de vuestra mano; que nosotros de nuestra parte no podemos, ni va-

(1) Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam. Ps. XXXVIII, 5.

(2) Omnes gentes, quasi non sint, sic sunt coram eo: et quasi nihilum, et inane reputatae sunt ei. Isai. XL, 17.

(3) Et substantia mea tanquam nihilum ante te. Ps. XXXVIII, 6.

lemos nada, porque somos nada. Pues ¿qué tenemos de que nos podamos ensorberbercer? ¿por ventura de la nada? Poco há decíamos ¿de qué te ensorberberces, polvo y ceniza? Ahora podemos decir: ¿de qué te ensorberberces, siendo nada, que es menos que polvo y ceniza? ¿Qué razón, ó qué ocasión tiene la nada para engreirse y ensorberbercerse y tenerse en algo? Ninguna, por cierto.

CAPITULO VII.

De un medio muy principal para conocerse el hombre á sí mismo y alcanzar la humildad, que es la consideración de sus pecados.

Pasemos adelante, y cavemos y ahondemos mas en nuestro propio conocimiento: demos otra azadonada. ¿Pues hay mas qué ahondar? ¿hay mas hondo que la nada? Si, y aun harto mas. ¿Qué? El pecado que vos añadistes. ¡Oh! ¡qué cosa tan honda! muy mas hondo es eso que la nada; porque peor es el pecado, que el no ser; y mejor fuera no ser, que haber pecado: y así dijo Cristo nuestro Redentor de Judas porque le habia de vender: "Mas le valiera no haber nacido (1)." No hay lugar tan bajo, ni tan apartado y despreciado en los ojos de Dios, entre todo lo que es y no es, como el hombre que está en pecado mortal, desheredado del cielo, enemigo de Dios, sentenciado al infierno para siempre jamás. Y aunque ahora, por la bondad del Señor, no tengais conciencia de pecado mortal; pero así como para conocer nuestra nada, nos acordábamos del tiempo que no teníamos ser (2), así para conocer nuestra baja y miseria, nos habemos de acordar del tiempo en que estábamos en pecado. Mirad

(1) Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille. Matth. XXVI, 24.

(2) Cap. precedente.

en cuán miserable estado estábades cuando delante de los ojos de Dios estábades feo y desagradable, y enemigo suyo, hijo de ira, obligado á los fuegos eternos; y despreciaos, y abajaos en el mas profundo lugar que pudiéredes, muy de espacio; que seguramente podeis creer que, por mucho que os desprecieis y humilleis, no podreis abajar, ni llegar al abismo del desprecio que merece el que ofendió al infinito bien, que es Dios. No tiene suelo este negocio; es un abismo profundísimo é infinito, porque hasta que veamos en el cielo cuán bueno es Dios, no podemos del todo conocer cuán malo sea el pecado, que es contra Dios, y cuánto mal merece quien le comete.

¡Oh! si anduviésemos en esta consideración, y cavásemos y ahondásemos en esta mina de nuestros pecados y miserias, ¡cuán humildes seríamos! ¡cuán en poco nos tendríamos! ¡y cuán bien recibiríamos el ser despreciados y desestimados! Quien ha sido traidor á Dios ¿qué desprecios no abrazará por amor de él? Quien trocó á Dios por un antojo y apetito suyo y por un deleite de un momento; quien ofendió á su Criador y Señor y merecia estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué afrentas no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la magestad de Dios? Decía el Profeta David: "Antes que me viese el azote con que Dios me aflige y humilla, yo habia hecho por qué; ya yo habia delinquido (1)," y por eso callo y no me oso quejar, porque todo es mucho menos de lo que habia de ser, conforme á mis culpas. No me habeis castigado, Señor, como yo merecia; que todo es

(1) Prius quam humiliarer, ego deliqui; propterea eloquium tuum custodi. Ps. CXVIII, 67.

nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparación de lo que merece un solo pecado que hubiésemos hecho. ¿No os parece que merece ser deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece que es razón que sea tenido en poco el que tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador, merece que de aquí adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en pena de su grande atrevimiento?

Y hay en esto otra cosa particular, que aunque podemos confiar en la misericordia de Dios que nos ha perdonado ya nuestros pecados; pero, al fin, no tenemos certidumbre de ello. "No sabe el hombre, dice el Sábio (1), si le ama Dios ó le aborrece." Y San Pablo decía: "No me remuerde la conciencia de pecado, mas no por eso sé si estoy justificado (2)." ¡Y ay de mí, si no lo estoy, que aunque sea religioso y aunque convierta á otros, poco me aprovechará! "Aunque hable con lenguas de Angeles, dice el Apóstol (3); aunque tenga don de profecía y sepa todas las ciencias; aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, si no tengo caridad, nada soy y nada me aprovechará." ¡Ay de vos, si no teneis caridad y gracia de Dios, nada sois y menos que nada! Gran medio es para andar uno humillado y sentir siempre bajamente de sí, y tenerse en poco, no saber si está en gracia ó si está en pecado. Sé cierto que ofendí á Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado: ¿quién se atreverá á levantar la cabeza?

(1) Nescit homo utrum amore an odio dignus sit. Eccl. IX, 4.

(2) Nihil mihi conscius sum; sed non in hoc justificatus sum. I. ad Cor. IV, 4.

(3) Si linguis hominum loquar, et angelorum, charitatem autem non habeam, nihil sum. I. ad Cor. XIII, 1.



¿quién con esto no andará confundido y humillado debajo de la tierra? Por esto dice San Gregorio, que nos escondió Dios la gracia. Aunque parece penoso este temor é incertidumbre, en que Dios nos dejó, que no sepamos de cierto si estamos en su amistad ó no; empero fué merced y misericordia suya, porque nos es esto muy provechoso para alcanzar la humildad (1), para conservarla, para no despreciar á nadie, por muchos pecados que haya hecho. ¡Oh! ¡que aquel, aunque haya hecho mas pecados que yo, estará ya perdonado y en gracia de Dios, y yo no sé si lo estoy! Sirve de espuelas para bien obrar y no nos descuidar, sino siempre andar con temor y humildad delante de Dios, pidiéndole perdón y misericordia, como nos lo aconseja el Sábio: "Bienaventurado el varon que siempre anda con temor (2)." Muy eficaz es esta consideracion de los pecados para tenernos en poco y andar siempre humildes y debajo de la tierra, y mucho hay que cavar y ahondar en ella.

Pues si nos pasamos á considerar los efectos y daños que causó en nosotros el pecado original, cuán copiosa y abundante materia hallaríamos para humillarnos y tenernos en poco! cuán estragada quedó la naturaleza por el pecado, que así como una piedra con el peso es inclinada á ir hácia abajo, así por la corrupcion del pecado original tenemos una vivísima inclinacion á las cosas de nuestra carne, honra y provecho; estamos vivísimos á las cosas terrenales que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas espirituales y divinas; manda en nosotros lo que habia de obedecer, y obedece lo que habia de mandar; y

(1) Ut unam gratiam certam habeamus: scilicet, humilitatem. Greg.

(2) Beatus homo, qui semper est pavidus. Prov. XXVIII, 14.—De propitiato peccato noli esse sine metu. Beati, Y, 5.

finalmente, estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorbados hácia la tierra. "¿Quién podrá conocer la malicia del corazon humano (1)?" Cuanto mas caváredes en esa pared, se descubrirán mayores abominaciones, como le fué mostrado en figura á Ezequiel (2). Pues si nos ponemos á pensar nuestras culpas presentes, hallarémolos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. ¡Cuán fáciles somos en la lengua; cuán descuidados en la guarda del corazon; cuán inconstantes en los buenos propósitos; cuán amigos de nuestro propio interés y regalo; cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos; cuán llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juicio; cuán vivas tenemos todavía nuestras pasiones; cuán fácilmente nos dejamos llevar de ellas. Dice muy bien S. Gregorio (3), sobre aquellas palabras de Job: "Contra la hoja, que se lleva el viento, ostentas tu poder (4)," que con mucha razon se compara el hombre á la hoja de árbol; porque así como esta se trueca y vuelve con cada viento, así el hombre se vuelve y muda con el viento de las pasiones y tentaciones; unas veces le turba la ira, otras la vana alegría, otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambicion, otras el de la lujuria; unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y así dijo también Isaias: "Como las hojas de los árboles son combatidas y caen con los vientos, así nosotros somos combatidos y derribados con

(1) Pravum est cor omnium, et inscrutabile; quis cognosceat illud? Jerem. XVII, 9.

(2) Ezechiel. VIII, 8.

(3) Greg. lib. 11. Mor., c. 24.

(4) Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam. Job. XIII, 25.

las tentaciones (1); no tenemos estabilidad, ni firmeza en la virtud, ni en los buenos propósitos. Bien tenemos de qué confundirnos y humillarnos; y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas; si bien las consideramos y examinamos, hallaremos harta ocasion y materia para humillarnos por las faltas é imperfecciones que comunmente mezclamos con ellas, conforme á aquello del mismo Profeta: "Todos nosotros somos como el inmundo, y como el paño manchado todas nuestras buenas obras (2)," si se consideran las imperfecciones que en ellas solemos hallar; de lo cual dijimos en otra parte (3), y así no será menester alargarnos mas aquí.

CAPITULO VIII.

Cómo nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento, para no desmayar ni desconfiar.

Es tan grande nuestra miseria y tenemos tanto de que humillarnos, y experimentámoslo nosotros tanto, que mas parece que tenemos necesidad de ser animados y esforzados para que no desmayemos, ni desconfiemos, viendo en nosotros tantas faltas é imperfecciones, que exhortados al conocimiento de eso. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos y maestros de la vida espiritual nos enseñan que de tal manera habemos de cavar y ahondar en el conocimiento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos ahí, porque no venga el ánima en desconfianza y desesperacion, viendo en sí tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos; sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios y pongamos en él toda nuestra confianza. Así como dice San Pablo (1) que la tristeza por haber pecado no ha de ser tanta que cause descaecimiento y desesperacion, sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdón, poniendo los ojos en la misericordia de Dios, y no parando en sola la consideracion del pecado y de su fealdad y gravedad; así dicen que no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos, sino que habemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo, ni en qué estribar, y poner luego los ojos en Dios y confiar en él; y de esa manera, no solo no quedaremos desmayados, sino antes mas animados y esforzados: porque lo que sirve de desmayar mirando á vos, sirve para esforzar mirando á Dios. Y mientras mas conociéredes vuestra flaqueza, y mas desconfiáredes de vos, mirando á Dios, estribando y poniendo en él toda vuestra confianza, quedareis mas fuerte y mas esforzado para todo.

Empero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia; que así como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; así tampoco habemos de parar ahí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos y en nuestra flaqueza y miseria: porque

Empero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia; que así como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; así tampoco habemos de parar ahí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos y en nuestra flaqueza y miseria: porque

(1) Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos. Isaias LXIV, 6.

(2) Facti sumus ut immundus omnes nos, et quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae. Isaias LXIV, 6.

(3) 1. part., trat. 3, c. 6.

(1) No forte abundantiori tristitia absorbeat, qui ejusmodi est. I. ad Cor. II, 7.



que si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presuncion y soberbia, porque vendriamos á asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y á andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, raiz y principio de grandes y temerosas caidas. ¡Oh, ¡cuántos muy espirituales, y que parecia que se levantaban hasta el cielo en el ejercicio de la oracion y contemplacion, se han despeñado por aqui! ¡Oh! ¡cuántos que verdaderamente eran santos y grandes santos, han venido por aqui á dar miserables caidas! porque se olvidaron de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibian de Dios. Andaban muy confiados y como si ya para ellos no hubiera peligro, y así vinieron á caer miserablemente. Llenos tenemos los libros de semejantes caidas. San Basilio dice que la causa de aquella miserable caída del rey David, en adúltero y homicida, fué una presuncion que tuvo una vez que fué visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolacion y se atrevió á decir: "No seré ya mudado de este estado para siempre (1)." Pues esperaos un poco, alzará Dios algun tanto la mano, cesarán esos favores y regalos extraordinarios, y vereis lo que pasa. Dejaraos Dios en vuestra pobreza, y hareis de las vuestras y conoceréis por vuestro mal, despues de caido, lo que no quisisteis conocer cuando érades favorecido y visitado de Dios (2). Y la causa de la caída y negacion del Apóstol San Pedro, dice San Basilio (3) que fué el haber presumido y confiado

(1) Ego dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum. Psalm. XXIX, 7.  
 (2) Avertisti faciem tuam a me, et factus sum conturbatus. Ibid.  
 (3) Basil. hom. 22. de humilitate, et in regulis brevioribus, respons. 81.

vanamente desl. "Aunque sea menester morir contigo, dijo (1), no te negaré; y si todos se escandalizaren, yo jamás me escandalizaré." Asi pues, porque dijo con arrogancia y presuncion que, aunque todos se escandalizasen, él no se escandalizaria, sino que antes moriria; por eso permitió Dios que cayese para que se humillase y conociese. Nunca tenemos de apartar los ojos de nosotros mismos, ni tenernos por seguros en esta vida; sino, mirando lo que somos, andar siempre con grande temor de nosotros mismos y con grande recato y cuidado, no nos haga alguna traicion este enemigo que traemos con nosotros y nos arme alguna zancadilla con que nos haga caer.

De manera, que así como no tenemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, sino pasar luego al conocimiento de la bondad de Dios, así tampoco tenemos de parar en el conocimiento de Dios y de sus misericordias y favores, sino tornar luego á bajar los ojos á nosotros mismos. Esta es la escala de Jacob, que por una parte está fija en la tierra de nuestro propio conocimiento, y por otra llega á la cumbre del cielo. Por ahí habeis de subir y bajar, como subian y bajaban los ángeles por aquella. Subid al conocimiento de la bondad de Dios, y no pareis ahí, porque no vengais en presuncion; sino tornad á bajar al conocimiento de vos mismo, y no pareis ahí, porque no desmayeis y desconfies, sino tornad á subir al conocimiento de Dios, para tener confianza en él; todo ha de ser subir y bajar por esta escala.

De esta manera usaba este ejercicio Santa Catalina de Sena (2), para librarse de diversas tentaciones que el demonio le traia,

(1) Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo. Math. XXVI, 35.—Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizebor. Ib. v. 33.  
 (2) S. Catalina de Sena, cap. 67 de los Diálogos

como ella misma lo cuenta en los Diálogos; cuando el demonio la tentaba por confusion, queriéndola hacer entender que toda su vida habia sido engaño; entonces ella se alzaba y levantaba en la misericordia de Dios con humildad, diciendo: "yo confieso á mi Criador que mi vida toda ha sido tinieblas; mas yo me esconderé en las llagas de Jesucristo crucificado y me bañaré en su sangre, y así habrá consumido mis maldades (1), y me gozaré en mi Criador y Señor." Y cuando el demonio la queria levantar por soberbia con la contraria tentacion, diciendo: "tú eres perfecta y agradable á Dios, y no es menester que mas te aflijas, ni que llores mas tus defectos;" entonces ella se humillaba, y respondia al demonio, diciendo: "miserable de mí! San Juan Bautista no hizo jamás pecado y fué santificado en el vientre de su madre, y no por eso dejó de hacer tanta penitencia, y yo he cometido tantos defectos y nunca los he llorado ni conocido como debiera." Con esto el demonio no pudiendo sufrir tanta humildad por una parte ni tanta confianza en Dios por otra, la dijo: "maldita seas tú y quien te lo enseñó, que no sé por dónde te entre; que si yo te abato por confusion, tú te levantas en alto á la misericordia de Dios; y si yo te levanto, te abajas hasta el infierno por humildad, y dentro del mismo infierno me persigues;" y así la dejaba, porque volvía con grande pérdida. Pues de esta manera tenemos de usar este ejercicio, y andaremos por una parte temerosos y recatados, y por otra esforzados y regocijados; temerosos de nosotros mismos, y esforzados y alegres en Dios. Estas son las dos lecciones que aquel Santo (2) dice da Dios cada

(1) Lavabis me, et super nivem dealbabor. Ps. l, 9.  
 (2) Tomas de Kempis.  
 B. del G., tomo XIV.—1.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. 1.

dia á sus escogidos: una de ver sus defectos, y otra de ver la bondad de Dios que con tanto amor se los quita.

CAPITULO IX

De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.

Para que nos animemos mas á este ejercicio de nuestro propio conocimiento, iremos diciendo algunos de los grandes medios y provechos que hay en él. Ya queda dicho (1) uno muy principal, que es ser fundamento y raiz de la humildad y medio necesario para alcanzarla y conservarla. Preguntado uno de aquellos Padres antiguos cómo podría uno alcanzar la verdadera humildad, respondió: "El que apartare los ojos de las faltas ajenas y los pusiere en las suyas propias, cavando y ahondando en su propio conocimiento, ese alcanzará la verdadera humildad (2)." Esto solo bastaba para que procurásemos darnos mucho á este ejercicio, pues tanto nos va en alcanzar la virtud de la humildad. Pero pasan adelante los Santos, y dicen (3) que el humilde conocimiento de sí mismo es mas cierto camino para conocer á Dios que el propio ejercicio de todas las ciencias. Y esa es la razon que da San Bernardo, porque esta es mas alta ciencia que las demas y de mayor provecho, porque por aqui viene el hombre en conocimiento de Dios: lo cual dice San Buenaventura (4) que nos da á entender aquel misterio del sagrado Evangelio, que Cristo nuestro Redentor obró en aquel ciego desde su nacimiento, que poniéndole lodo en

(1) Cap. V.  
 (2) Si sua tantummodo, et non alterius mala consideret.  
 (3) Cap. XII.  
 (4) Bonav. processu 3 Relig. cap. 18.



los ojos le dió vista corporal con que viese á sí, y vista espiritual con que conociese á Dios y le adorase. Asi, dice (1), á nosotros que nacemos ciegos con ignorancia de Dios y de nosotros mismos, nos dá Dios vista poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, para que considerando que somos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero á nosotros, y de ahí ven-gamos á conocer á Dios. Esto mismo pre-tende la Iglesia nuestra Madre con aquella santa ceremonia, que usa al principio de la Cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos, diciendo: «Acuérdate, hombre, que eres lodo y polvo y que en eso te has de volver (2),» para que conociéndose á sí, venga á conocer á Dios y á pesarle de haberle ofendido y hacer penitencia de sus pecados. De manera, que el verse y cono-cerse á sí mismo, el considerar el hombre su lodo y bajeza, es medio para venir en cono-cimiento de Dios; y mientras más conociere uno su bajeza, más conocerá y echará de ver la grandeza y alteza de Dios. Porque un contrario puesto junto de su contrario, y un extremo puesto del otro extremo, échase más de ver (3): lo blanco puesto sobre lo negro, resplandece y campea mu-cho más. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza; son dos estre-mos contrarios: de ahí es que mientras más uno se conoce á sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados; más echa de ver la bondad y mi-sericordia y liberalidad de Dios, que se in-

(1) Sic Dominus nos caecos natos, per nostri, et Dei ignorantiam, illuminat, lutum, unde nati sumus, liniendo super oculos nostros, ut primum incipiamus nos ipsos agnoscere, deinde ipsum illumina-torem nostrum credendo proni adorare. *Bonav. loc. cit.*

(2) Memento homo, quia pulvis est, et in pulve-rem reverteris.

(3) Opposita, juxta se posita, magis elucescunt.

clina á amar y tratar con tan grande ba-jeza como la nuestra.

De aquí se viene el ánima á encender é inflamar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillarse y dar gracias á Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes; que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir á nosotros mismos, y que sea tanta la bondad de Dios y mise-ricordia para con nosotros que no solo nos sufra, pero que diga él: «Mis deleites son estar con los hijos de los hombres (1).» ¿Qué hallastes, Señor, en los hijos de los hombres, para que digais que vuestros de-leites son estar y conversar con ellos?

Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios y en mayor amor de su Divina Magestad. Este era el ejercicio y oracion que usaba San Agustín: «Dios mio, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conózcame á mí y conózcate á tí (2).» Esa era la oracion en que el humilde San Francisco gastaba los días y las noches: «quién sois vos, y quién soy yo.» Por aquí vinieron los Santos á muy alto conocimiento de Dios. Este es camino muy seguro y cierto para eso; y mientras más bajáredes y ahondáredes en vuestro propio conocimiento, más subireis y cre-cereis en el conocimiento de Dios y de su bondad y misericordia infinita; y también mientras más subiéredes y creciéredes en el conocimiento de Dios, más bajareis y medrareis en el vuestro; porque la luz ce-lestial descubre los rincones, y hace aver-gonzar al ánima de lo que aun antes á los ojos del mundo parece muy bueno. Dice San Buenaventura; así como cuando los

(1) Deliciae meae esse cum filiis hominum. *Prov. VIII, 31.*

(2) Deus semper idem: noverim me, noverim te. *Aug. lib. de vita beata.*

rayos del sol entran en un aposento, se parecen luego los átomos; así el alma ilus-trada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de Justicia, luego vé en sí aun las cosas mínimas (1), y así viene á tener por malo y defectuoso lo que el que no tiene tanta luz tiene por bueno. Esta es la causa por que los San-tos son tan humildes y se tienen en poco; y mientras mayores Santos, más humildes, y se tienen en menos. Porque, como tie-nen más luz y mayor conocimiento de Dios, concócese mejor á sí y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados; y por mucho que se conozcan, y por muchas fal-tas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos concocen, y por tales se tienen; porque así como creen que Dios es más bueno de lo que ellos concocen, así también creen que ellos son más malos de lo que alcanzan. Así como por mucho que conozcamos y en-tendamos de Dios, no le podemos compren-der, sino siempre hay en él más y más que entender y conocer, así por mucho que nos conozcamos á nosotros, y por mu-cho que nos despreciemos y humillemos, no podremos bajar, ni llegar á lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encareci-miento, sino verdad llana: porque como el hombre no tiene de su cosecha sino nada y pecado, ¿quién podrá humillarse y abajarse tanto cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria que no lo pudo sufrir, y tornó á suplicar á Dios: «Señor, no tanto, que des-mayaré.» Y el P. Maestro Avila dice (2) que

(1) Sic, et cor radiis gratiae illustratum etiam minima videt. *Bonavent.*

(2) P. M. Avila, *trat. 5 del Espiritu Santo*, pág. 104.

conoció él á una persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que él podía ser; abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro; vióse tan feo y abominable que á grandes voces decía: «Señor, por vuestra misericordia me quitad este espejo de delante de mis ojos; no quie-ro ver más mi figura.»

De aquí nace también en los siervos de Dios aquel odio y aborrecimiento santo de sí mismos que dijimos arriba (1), porque cuanto más concocen la bondad inmensa de Dios y más le aman, tanto más se aborre-cen á sí mismos, como á contrarios ene-migos de Dios; conforme á aquello de Job: «¿Por qué me has puesto por tu contrario, y yo mismo me he hecho á mi pesado (2)?» Ven que en sí mismos tienen la raíz de to-dos los males, que es la mala y perversa inclinación de nuestra carne, de la cual pro-ceden todos los pecados, y con este cono-cimiento se levantan contra sí mismos y se aborrecen. ¿No os parece que es razon aborrecer á quien os hizo dejar y trocar un bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razon tener odio á quien os hizo perder la gloria eterna y merecer el infierno para siempre jamás? ¿á quien os causó tanto mal y aun todavía lo procura? ¿No os parece que es razon aborrecerle? Pues esc sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro pro-pio bien y de vuestra salvación.

CAPITULO X.

Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no solo no

(1) *Trat. 1, c. 4.*  
(2) Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis? *Job. VII, 20.*